

# Reliquias de Vieja Tierra

*“Un zapato de tacón es un objeto anatómicamente  
absurdo...”*

## Reliquias de Vieja Tierra

*“Un zapato de tacón es un objeto anatómicamente absurdo...”.*

Era un lugar sórdido, oscuro y octogonal. Las paredes relucían a la manera del agua estancada, fantasmagóricamente grisáceas bajo una suerte de luz quebradiza y tímida que se asomaba a la sala desde los botones de los ordenadores centrales. La clase estaba llena, y, en la penumbra, el imperceptible ruido de las conexiones electrónicas corriendo de un lado al otro cargaba el ambiente de un modo casi sólido.

La Inteligencia Artificial escaneó los rostros de todos los presentes antes de proseguir con una lección magistral que, según su generador de cálculo estadístico, tenía un noventa y tres por ciento de probabilidades de convertirse en un gran éxito. Si no hubiese sido por su total incapacidad de sentir emociones, la Inteligencia Artificial hubiera definido su estado actual como “satisfecho”.

Por su parte, el Ingeniero Veintinueve rato antes se había hecho con un puesto en la primera fila y no se perdía uno solo de los movimientos del ponente. Había concentrado sus esfuerzos en almacenar la lección dentro de su memoria pero intentaba procesar los nuevos conocimientos al mismo tiempo que los recibía, tarea nada fácil para uno de los Ingenieros obsoletos y faltos de actualizaciones. Y si el Ingeniero Veintinueve hubiera sido capaz de padecer dolor habría pensado que la cabeza le estaba ardiendo.

La Inteligencia Artificial rebuscó dentro de su archivo de datos y proyectó una imagen móvil sobre el pedestal que se erguía en el centro de la sala. Todos los presentes se incorporaron en sus asientos para verla mejor: era la etérea representación holográfica de algo similar a un animal. Peludo e inerte, el Ingeniero Veintinueve advirtió que estaba compuesto de tela de algodón y unas cuentas de plástico polipropileno a modo de ojos. Poseía una cabeza redonda, unas orejas en forma de media luna y cuatro patas cortas unidas a un cuerpo grueso y abotagado que giraba dentro del halo láser como una pluma en un ventilador.

— Infinidad de los objetos encontrados en las exploraciones robóticas a Vieja Tierra son de utilidad desconocida— pronunció la Inteligencia Artificial con su voz monocorde—. Se han llenado gran cantidad de memorias de datos con explicaciones y estudios de lo más variopinto, pero, según mi criterio, sólo existe una verdad: y es que, al igual que los demás seres orgánicos racionales, los humanos eran una especie ignorante y supersticiosa. Por ello, poseían un gran panteón de dioses primitivos para los que manufacturaban toscas representaciones. Este animal de algodón es una de ellas.

La Inteligencia Artificial otorgó unos segundos a sus alumnos para que observaran el ejemplar. La sensación de carga en el ambiente se intensificó mientras los entes robóticos incluían imágenes en tres dimensiones de aquella exótica e inmóvil criatura dentro de sus propias bases de datos.

Luego, el ponente retiró el holograma y abrió otra imagen.

Ésta era diferente a la anterior. Un nuevo objeto flotaba en el aire blandamente, dando vueltas sobre su propio eje invisible. Por toda la sala, los rostros robóticos expresaban sorpresa mientras la Inteligencia Artificial, con un zumbido de complacencia, ampliaba el tamaño de la imagen. Los Ingenieros Cuatro y Trece y el Bibliotecario Sesenta y Ocho, situados cerca de la pared metálica, comenzaron a

enviarse datos los unos a los otros y a emitir luces de colores que, sin duda, indicaban una acalorada discusión virtual; al mismo tiempo, el Ingeniero Veintinueve, casi sin pretenderlo, envió a la Red algo similar a una sonrisa.

El extraño cuerpo era una especie de vaina o estuche con una pequeña columna de unos diez centímetros de alto adosada en un extremo. De color rojo oscuro por arriba y beige por debajo, relucía bajo las luces fluorescentes de los sistemas informáticos soltando destellos en todas direcciones mientras giraba, giraba incansablemente sobre el pedestal. Y, pese a que varios de los presentes hicieron zumbidos de sorna y desaprobación, el Ingeniero Veintinueve pensaba que aquello, sin lugar a dudas, tenía que ser lo que los humanos hubiesen llamado “algo hermoso”.

— Observen este extraño hallazgo— dijo la Inteligencia Artificial—. Fue encontrado hace, exactamente, doce años y cincuenta y nueve días solares en el cuadrante norte-dos de Vieja Tierra. En su día, desconcertó a gran parte de las Inteligencias Universitarias de la galaxia, pero su conclusión final fue, huelga decirlo, lógica y acertada. No es más que otro de los tótems sagrados de los humanos. Grábense esto en sus memorias: los productos de las culturas incivilizadas son incivilizados. Es un axioma. La Civilización Robótica es la única en la que pueden confiar para cumplir con lo previsto, así que pueden considerarse afortunados de pertenecer a ella.

Una mano se levantó en el aire.

¡Una mano se levantó en el aire!

El gesto fue grabado, procesado y analizado por la Inteligencia Artificial. Su conclusión fue que *alguien* quería hacer una pregunta o una sugerencia; pero, en sus

circuitos internos, no acababa de comprenderlo. ¿Quién querría cuestionar a la Inteligencia Artificial? ¿Cómo, y, sobre todo, para qué?

La mano continuaba alzada y a la vista de todos.

— Le concedo permiso para hablar— dijo la Inteligencia Artificial. Siglos atrás, esta frase había sido introducida en su base de datos como la respuesta lógica ante el gesto de una mano levantada; pero nunca, jamás hasta aquel momento había necesitado usarla.

El Ingeniero Veintinueve (puesto que la mano en el aire era la suya propia) se irguió hasta parecer tan alto como fuese posible, y después respondió:

— Creo, señor, que eso es un zapato.

Silencio.

— ¿Puede repetir esa afirmación?— un ligero temblor en la voz de la Inteligencia Artificial puso al Ingeniero Veintinueve sobre aviso.

— Creo que esa imagen representa un zapato— respondió, no sin antes estimar matemáticamente las probabilidades de estar metiendo la pata hasta el fondo, las cuales juzgó como altas—. Es algo que encontré en un archivo de datos hace años.

— ¿Cuáles son su condición y número?— respondió, tras un titubeo, la Inteligencia Artificial.

— Ingeniero Veintinueve, Gran Inteligencia.

— Ingeniero Veintinueve, ¿qué insinúa con que “eso” es un “zapato”? ¿Y lo de que encontró “algo” en un archivo de datos?

— Bueno— dijo él—. No era un archivo, en realidad. Era... fui a Vieja Tierra, a una misión de reconocimiento. En las ruinas de un edificio de utilidad desconocida,

encontré... un pedazo de papel. Y en él hallé representado un objeto similar a éste, pero con un pie humano dentro. Tiempo después, descifré el código escrito a su lado en la lengua de Vieja Tierra: decía “Zapatos de tacón Martínez: Enfréntese a la vida desde una altura prudencial”. Por ello, infiero que este objeto es uno de esos llamados “zapatos”. Algo que se coloca en los pies.

Murmullos de desaprobación.

— Ingeniero Veintinueve, la posesión, uso y manipulación de papel están estrictamente prohibidos en nuestra sociedad. ¿Lo sabía?

— Sí, Gran Inteligencia. Es sólo algo que encontré en el suelo...

— ¡El lugar en el que lo encontró es irrelevante!— la Inteligencia Artificial estalló en una nube de unos y ceros—. Lo que ha hecho es ilegal, Veintinueve. Será amonestado por esto.

— ¿Por el zapato?

— ¡No es un zapato!— exclamó—. Los documentos escritos humanos no dicen más que patrañas y usted, por lo visto, se las ha creído. ¿Acaso ha olvidado todo lo referente a la forma y la función?

La Inteligencia Artificial tocó con uno de sus apéndices mecánicos un botón sobre la consola. De forma automática, del pedestal salió un ruido estridente que terminó transformándose en el inconfundible ruido que hace algo cayéndose desde cierta altura. En su base, ahora, había un objeto igual al del holograma, pero tan sólido como la propia Inteligencia Artificial.

— Ingeniero Veintinueve— increpó ésta, levantando en el aire la cosa imprimida en un desvaído color amarillo—. Justifique su teoría de que esto es, tal y como usted mismo ha mencionado, “algo que se pone en los pies”. ¿Se ha fijado en la columna que

este artefacto lleva adosada en un extremo? ¿Puede explicar la función de dicha columna?

El Ingeniero Veintinueve se acercó al estrado, al tiempo que la Inteligencia Artificial le colocaba el objeto delante de su sistema visual. Tras un escaneo, Veintinueve, inmóvil y con expresión neutra, se limitó a mirar al ponente como si esperase algo.

— ¿Cómo justifica usted que este artefacto sirva para introducir una extremidad inferior humana? ¿Acaso no sabe usted nada acerca de anatomía mamífera?

— Sí, Gran Inteligencia. Los seres humanos eran animales plantígrados, esto es, apoyaban todo el pie para caminar. Esa es la razón de mi desconcierto.

— ¡Entonces, su teoría del zapato no tiene sentido lógico!— zumbó la Inteligencia Artificial con tanta furia que, por un momento, su voz monótona e impersonal pareció subir dos octavas—. ¿Para qué iba un animal plantígrado a querer ponerse uno de estos objetos en los pies? ¿Acaso pretendía convertirse en jirafa?— miró a Veintinueve con una especie de actitud insolente, y el Ingeniero bajó su cabeza robótica hasta verse las rodillas—. ¡Todos ustedes, aprendan de su ignorante compañero! Los seres orgánicos inferiores son imprevisibles porque la estupidez es imprevisible! ¡No se le puede pedir lógica a una criatura primitiva como el ser humano!

— ¿Cómo, primitiva? ¡Pero si los humanos crearon los primeros robots!— la réplica de Veintinueve reverberó por la sala (por lo demás, silenciosa) hasta repetirse cinco, quince, treinta, noventa veces en un segundo, y acabar rebotando en la columna vertebral metálica del Ingeniero y enviándole escalofríos por la espalda.

— ¿Cómo se atreve a decir algo así?— chilló el ponente tras un momento de tensión máxima—. ¡Esas son palabras sacrílegas! ¡Los robots nos creamos a nosotros mismos! ¡Así ha sido durante millones de años, y así será hasta que se enfríe el

Universo! ¿Qué pinta usted en la universidad exactamente, Ingeniero Veintinueve?— zumbidos de risa y desprecio por toda la sala—. Enviaré una notificación para que su memoria y su sistema sean inmediatamente limpiados. Está claro que no le funcionan bien los circuitos.

Tras un discurso de cuarenta y tres minutos sobre la infinita y exacta eficacia del cerebro robótico, la Inteligencia Artificial dio la clase por acabada y sus alumnos fueron saliendo, en perfecto orden, por las puertas a ambos lados.

Sólo el pequeño e insolente Ingeniero Veintinueve se quedó, agazapado tras su pupitre, hasta que todos se hubieron marchado. Entonces caminó hasta el pedestal en el que el objeto de culto humano, imprimido en tres dimensiones, continuaba quieto. Lo asió con su pinza prensil y lo depositó en el suelo, con aquella insólita columna mirando hacia abajo y la vaina abierta hacia arriba; y, tras cerciorarse de que no había nadie que pudiera verlo, el Ingeniero Veintinueve introdujo su propio pie dentro del agujero.

El cuerpo se le elevó repentinamente, haciendo al robot diez centímetros más alto que un segundo antes. Su sistema nervioso lidiaba en aquellos momentos con una sensación nueva y extraña: la sensación de ser más alto, más grande, más libre... quizá la de sentirse más poderoso. Por un momento, incluso se le pasó por la imaginación la idea de que la Inteligencia Artificial se equivocara: que no fuese infalible, como se suponía que era. Que él, el insignificante Ingeniero Veintinueve, concebido para trabajar y callar pero con un pequeño fallo en su programación que le hacía más deslenguado de lo necesario, fuese en realidad un genio oculto a la vista de todos, un genio incomprendido que poseía las respuestas a enigmas secretos que habían permanecido enterrados bajo el polvo de la devastada Vieja Tierra durante millones de años.



El Ingeniero Veintinueve se bajó de su pequeña altura, retiró el “zapato” del suelo y lo volvió a depositar sobre el pedestal. Y, antes de dirigirse hacia la puerta para recibir su merecido castigo, envió a la Red una reacción incomprensible: una única carcajada que pasó automáticamente a perderse en la ingente marea de datos de la Nube robótica.